

EL CARNAVAL ES NEGRO Y ES FIESTA PATRIA

Por Daniel Schávelzon

ARQUITECTO ESPECIALIZADO EN
ARQUEOLOGÍA URBANA



Sí, el carnaval –o las antiguas Carnestolendas (días en que no se podía comer carne)– fue en el Río de la Plata una fiesta negra. Pero negra en el verdadero sentido de la palabra, de negritud, de la burda y dura palabra del racismo: era fiesta de negros. Por supuesto la palabra incluía desde los esclavos recién traídos violentamente desde África hasta los pardos y morenos que tenían un siglo de descendencia en la región; pero aun poco antes de que lo prohibieran en el siglo XX los militares, que sí entendieron de qué se trataba y por eso lo acabaron, los niños ricos de los barrios altos se pintaban la cara de negro quizá sin saber muy bien por qué lo hacían.

Las noches de carnaval la ciudad atronaba de tambores, las familias “bien” se encerraban en sus casas porque, como decían los cronistas, tenían miedo de que “la marea se desborde” al ver a miles de negros bailando. Y para horror de amos y patrones, cantando en idiomas que ellos no entendían: ¡había que excomulgar! Porque el baile era y es la manera en que muchos pueblos se comunican con sus dioses; lo hacían con el cuerpo y no con la serenidad introspectiva judeocristiana. Había que sacudirse hasta caer desmayados o entrar en trance del agotamiento total, ese era el éxtasis religioso, y era la única vez al año que los esclavos podían encontrarse juntos sin patrones y látigos alrededor. Obviamente las niñas de clases altas no iban porque “la lujuria entra por los ojos”, al decir de su tiempo. El tambor, del que luego derivó el tangó y el tango del siglo XX, fue el motor, el elemento que dio el ritmo que luego entró en nuestro folklore para horror de muchos. Pero la cultura de nuestros esclavos se hizo permeable a toda la cultura blanca, la embadurnó y se hizo porteña, y lo sigue siendo cada vez que oímos un bombo, palabra africana si la hay, por cierto. ¿Tenemos conciencia de que nuestros dos símbolos, el tango y el bombo, son africanos?

Pero volviendo a los carnavales de la ciudad hoy vemos desfilar las comparsas; resulta interesante que ya no se llaman “naciones” porque ya no existen. Por suerte no las hay, porque si bien puede causar añoranza, es un síntoma de libertad el que ya no haya. En los finales del siglo XVIII, con el inicio de las ideas libertarias y el primer derumbe de la Iglesia católica tratando de adaptarse a los nuevos tiempos, se formaron las cofradías de negros; pero la Independencia y luego el fin de la trata de esclavos llevó a que estos se agruparan en naciones, especies de clubes en que por idiomas –no había nacionalidades africanas–, se agruparon los libertos y todos los afroargentinos: allí bailaban, se velaba a los muertos y se celebraban casamientos y nacimientos. Por supuesto para algunos –José Ingenieros mediante– eso era síntoma de locura ancestral heredada, pero para otros era la posibilidad de construir juntos un mundo un poquito mejor; y el carnaval era el evento esperado con ansias, para el cual se preparaban y ensayaban todo el año. Y desfilaban así, por grupos, por naciones, con sus banderas y colores y sonidos y movimientos ondulantes y físicamente fuertes. Y tenían rey y reina y corte, ¿por qué no? Hacían lo que sus amos hicieron por siglos, aunque vestidos en la pobreza.

Nuestro carnaval, hoy ya reconstruido, es finalmente eso: la fiesta de la negritud recordada, la fiesta patria en que deberíamos recordar a las decenas de miles de muertos que hubo para construir nuestro país sobre la base de la esclavitud. Porque sabemos que Buenos Aires vivía del contrabando, pero la maestra del colegio se olvidó de contarnos que se trataba de contrabando humano: fuimos siempre un gran puerto negrero.

Y no es poca cosa recordarlo bailando. Es hacer memoria con movimiento, ruido y juego: extraordinario legado a nuestra cultura.